



Brujas, princesas, y pícaros

Cuentos clásicos infantiles



Brujas, princesas y pícaros

Cuentos clásicos infantiles

Presidenta de la Nación
Cristina Fernández de Kirchner

Vicepresidente de la Nación
Amado Boudou

Ministra de Cultura de la Nación
Teresa Parodi

Jefa de Gabinete
Verónica Fiorito

Secretario de Políticas Socioculturales
Franco Vitali

Coordinadora Programa Libros y Casas
Daniela Allerbon



Brujas, princesas y pícaros

Cuentos clásicos infantiles

Coordinación editorial
Daniela Allerbon

Edición y compilación
Valeria Sorín

Corrección
Gabriela Laster

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Javier Bernardo y Paula Erre

Gestión de derechos de autor
Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño

Programa Libros y Casas

Libros y Casas es un programa que se lleva adelante desde el año 2007 con el objetivo de democratizar el acceso a los libros y promover la lectura tanto en el ámbito privado como en los espacios comunitarios a través de distintas actividades.

Hasta el momento ha entregado **cien mil bibliotecas** –un millón ochocientos mil libros– a cada una de las familias que recibieron viviendas de los **Programas Federales de Construcción de Viviendas** a lo largo de todo el país, y ha llevado adelante más de mil talleres de lectura. Se estima que el total de beneficiarios del programa alcanza el millón de personas.

Los textos fueron especialmente editados y seleccionados para que las familias cuenten con una biblioteca básica que incluye libros de ficción para grandes y chicos, libros ilustrados, de historieta, manuales, libros históricos y periodísticos.

El programa **Libros y Casas** ha sido tomado como modelo y fue replicado en Cuba (Bibliotecas Familiares) y en Chile (Maletín Literario). Su impacto en las prácticas de lectura fue evaluado en el año 2008 a través de encuestas en 13 provincias. De la información recolectada se concluyó que la llegada de los libros impactó de manera positiva en los hogares, además de que gran parte de las familias contaban con menos de diez libros antes de recibir la biblioteca.

En 2015, de acuerdo con las nuevas prácticas surgidas a partir de los cambios en el acceso a las nuevas tecnologías y a su uso, el programa complementa sus acciones a través de una plataforma web y libros interactivos explorando nuevas herramientas para promocionar la lectura.

Esperamos que muchos viejos y nuevos lectores y lectoras disfruten de estos libros.

Índice

10. *Introducción*

14. *Hansel y Gretel*

Autor de esta versión: Ricardo Mariño

Ilustraciones: Eva Mastrogiulio

32. *Caperucita Roja*

Autor de esta versión: Franco Vaccarini

Ilustraciones: María Elina Méndez

46. *La princesa y el guisante*

Autora de esta versión: María Cristina Ramos

Ilustraciones: Cynthia Orensztajn

64. *Pedro y el lobo*

Autora de esta versión: Liliana Bodoc

Ilustraciones: Pablo Picyk

78. *La sopa de piedra*

Autora de esta versión: Ruth Kaufman

Ilustraciones: Fernanda Cohen



Introducción

¿Sabías que algunos de los instrumentos más usados en el folclore argentino nacieron en otros países?

Es el caso del piano, el bandoneón y el violín, que fueron creados en Europa. ¡Y quién podría tocar una zamba sin guitarra y bombo! Pero la guitarra fue traída por los españoles, mientras que el bombo –el instrumento que funciona a partir de golpear un parche– ha tenido versiones en los cinco continentes.

Los músicos argentinos han sabido combinar charangos y maracas, sikus y bombos, guitarras y acordeones, bandoneones y pianos en el carnava-lito, la chacarera, el chamamé y el tango.

Es que los latinoamericanos de hoy tenemos raíces americanas, europeas, asiáticas y africanas. Somos el resultado del amor entre gente de orígenes muy diferentes.

¿Sabías que durante años estuvo mal visto que los personajes de un cuento se trataran de vos o de che?

Se suponía que solo se hablaba bien el castellano en España. Pero en América hay muchos más hablantes del castellano que, a su vez, en cada país fue influido por lenguas de los pueblos originarias y de los inmigrantes.

Durante cinco siglos, bajaron en nuestros puertos personas de buena voluntad dispuestas a vivir en suelo argentino provenientes de China, Japón, Corea, Vietnam, Siria, Líbano, Armenia, Turquía, Ucrania, Rusia, Cabo Verde, Somalia, Sudáfrica, Alemania, Francia, Italia, Polonia, España y tantos otros países.

Trajeron con ellos sus amores, sus costumbres y sus sabores. Y, como polizones sin pasaporte, se colaron historias y relatos que se contaban en las familias. Apenas los recién venidos adoptaron las costumbres del mate y el asado con amigos, estas historias fueron colándose por las mesas. Así, de boca a oreja, corrieron libres brujas, princesas y pícaros.

¿Sabías que estos cuentos nos pertenecen a todos?

En este libro, Liliana Bodoc, Ruth Kaufman, Ricardo Mariño, María Cristina Ramos y Franco Vaccarini prestan sus voces para interpretar a un pastorcito mentiroso, a un soldado con hambre, a dos hermanitos perdidos, a una princesa náufraga y a una nena a la que le encantaba el color rojo.

Antes de que nadie los escribiera, estos relatos ya eran parte de la tradición oral. Es cierto que Charles Perrault en 1697 publicó por primera vez la historia de la niña de la caperuza roja, pero solo después de haber recopilado esta y otras historias de boca de los campesinos franceses.

Un siglo más tarde, los hermanos Wilhelm y Jacob Grimm publicaron libros con los cuentos que habían escuchado de boca de las hermanas Dorothea y Gretchen, a quienes se los había contado la vieja Marie, y a ella...

Que nos pertenecen a todos quiere decir que estos cuentos también son tuyos.

Origen: Alemania

Antes de que los hermanos Grimm lo publicaran en 1812, este cuento se contaba a niños y adultos. Y a todos asustaba.



Hansel y Gretel

Autor de esta versión: Ricardo Mariño

Ilustraciones: Eva Mastrogiulio

HANSEL Y GRETEL VIVÍAN EN UNA cabaña en el límite de un gran bosque. Del bosque se decían cosas que maravillaban, pero también había comentarios que daban miedo: que estaba encantado, que en los sinuosos senderos que lo cruzaban aparecían fantasmas, animales que hablaban, brujas y criaturas extrañas. Hasta ese momento, los chicos solo lo habían recorrido en compañía del padre y su gran hacha de leñador y por eso no habían tenido miedo. Pero ahora, al escuchar la conversación que mantenían el padre y la madrastra, el bosque se les volvió preocupante y temible...





Las voces llegaban claras desde el piso de abajo a la pequeña habitación de la cabaña donde estaban Hansel y Gretel:

—¿Qué va a ser de nosotros? ¿Cómo voy a alimentar a mis pobres hijos? —se lamentaba el padre. El hombre trabajaba día y noche, pero el dinero no alcanzaba. Apenas tenía con qué comprar harina y amasar unos panes, pero había días que ni siquiera eso.

—Se me ocurre algo —dijo la madrastra, y bajó un poco el tono de voz para asegurarse de que no la escucharan los niños que, sin embargo, la oyeron perfectamente—. Es duro decirlo, pero la verdad es que la comida no alcanza para los cuatro. No nos queda otra salida que dejar a los niños en el bosque.

—¡No puedo abandonarlos! Y menos en el bosque. Se dice que en el bosque hay fantasmas y brujas —respondió el hombre, indignado, pero la mujer no lo dejó continuar.

—Está bien —dijo ella—. Entonces nos vamos a morir de hambre los cuatro, incluyendo a tus preciosos hijos. En el bosque, por los menos es posible que alguien se apiade de ellos y les dé algo de comer. Y los fantasmas y las brujas no existen, lo sabe todo el mundo.

Tanto le insistió la mujer que el hombre terminó cediendo.

En la pieza de los chicos, el silencio del hombre hizo llorar a Gretel. La nena se sentó en la cama y con la manga de la remera se enjugó las lágrimas.

—Nos van a dejar en el bosque... —le dijo a su hermano.

Hansel se sentó a su lado y le pasó el brazo por encima de los hombros consolándola.

—Tengo una idea que nos puede salvarle dijo.

Al amanecer, antes de que subiera el sol, vino la madrastra y los despertó.



—¡Arriba, perezosos! —dijo bruscamente mientras abría la ventana dejando entrar un haz de luz cegador—. Tenemos que ir al bosque a buscar leña.

Los chicos salieron al patio a lavarse la cara y la madrastra, parada en la puerta, los apuró:

—¡Vamos! Aquí tienen algo para comer. Les advierto: no lo coman antes de la hora del almuerzo porque no van tener nada más.

A poco de iniciarla larga caminata por el bosque, al padre le extrañó la actitud de Hansel, que muy seguido se detenía para mirar hacia la casa una y otra vez.

—¿Qué estás mirando, hijo? Vamos, no te quedes retrasado, más rápido.

—Es que estoy mirando a mi gatito blanco que está sobre el tejado y quiere decirme adiós.

—Tonto —le dijo la madrastra—, ese no es tu gatito, es el sol de la mañana que ilumina la chimenea.





Sin embargo, Hansel no estaba mirando a su gatito ni el sol de la mañana: se detenía para echar migas en el camino y lo había hecho desde que salieron de la cabaña. Su plan era esperar a que cuando él y su hermana fueran abandonados en el bosque, las migas de pan sirvieran para encontrar el camino a casa.

A medida que caminaban, la vegetación se iba volviendo cada vez más espesa y cerrada, los árboles más altos, con flores y frutos enormes y coloridos. Cuando llegaron a lo más profundo del bosque, donde los árboles eran tan altos y tupidos que ni siquiera llegaba la luz del sol, el padre se detuvo.

—Ahora recojan unas ramas, hijos. Vamos a encender una hoguera para que no sientan frío.

Hansel y Gretel juntaron leña y formaron un montoncito. Cuando lo encendieron y las llamas tuvieron cierta altura, habló la madrastra:

—Quédense junto al fuego mientras nosotros vamos por el bosque a cortar leña. Cuando terminemos, volveremos a buscarlos.

Hansel y Gretel se sentaron junto al fuego y cuando llegó el mediodía comieron cada uno su pedacito de pan. Creían escuchar los golpes del hacha de su padre. Pero no era el hacha lo que sonaba, sino una gruesa rama que el viento agitaba contra un árbol seco.

Después de estar largo tiempo sin moverse, como los ojos se les cerraban de cansancio, se durmieron profundamente. Cuando se despertaron, ya era de noche.

—¿Y ahora cómo volvemos? —dijo Gretel echándose a llorar.

—Tranquila —la calmó Hansel—. Esperemos a que salga la luna. Entonces podremos ver las migas de pan y encontrar el camino hacia casa.

Pero cuando salió la luna y se pusieron en marcha, no encontraron las migas: se las habían comido los pájaros.





—No te preocupes —dijo Hansel intentando mostrarse seguro, aunque en realidad estaba tan asustado como su hermana—. Ya vamos a encontrar el camino.

No lo encontraron. Muchos lectores dejan el relato en este punto porque lo que sigue asusta de verdad, pero otros, como Hansel y Gretel, se animan a seguir buscando una salida.

Caminaron toda la noche y aun todo el día siguiente sin poder salir del bosque. Hacía un calor sofocante y de vez en cuando escuchaban murmullos extraños entre las plantas. Al caer el sol del segundo día, estaban tan cansados y hambrientos que se echaron bajo un árbol y se durmieron.

Hacia el mediodía del tercer día vieron un hermoso pajarito, blanco como la nieve, posado en una rama. Su canto era tan hermoso que se pararon a escucharlo. Cuando el pájaro terminó su canto, agitó las alas y voló hacia ellos; los niños lo siguieron y de repente llegaron a una casita.

El pajarito se posó en el techo y cuando ellos se aproximaron vieron que la casa no estaba hecha de madera sino de... ¡golosinas! Las paredes eran de torta y galletitas pegadas con dulce de leche. El techo era de chocolate y las ventanas tenían láminas de caramelo cristalizado en lugar de vidrios.

Los chicos gritaron de alegría y se pusieron a arrancar pedazos de la casita para comérselos. Hansel le dio un buen bocado a la pared, mientras Gretel arrancó un pedazo de ventana y empezó a comérselo con voracidad. Al cabo de cinco minutos, las paredes de la casa estaban llenas de marcas de dientes. Hansel le estaba convidando un pedazo de chocolate a su hermana cuando los sobresaltó una voz. Una mujer viejísima, llena de arrugas y apoyada en un bastón, había abierto la puerta de la casita y los miraba sonriendo. Tal fue el susto de Hansel y Gretel que dejaron caer lo que tenían en las manos.

—¡Qué hermosos niños! Qué lindos y apetitosos..., quiero decir, qué adorables —dijo la anciana—. ¿Cómo es que andan solos por el bosque? ¿No saben que está embrujado? ¡Entren, entren! No tengan miedo y quédense en mi casita, que aquí estarán a salvo de los fantasmas, de las brujas malas y de todo eso.

Hansel y Gretel se miraron. Desconfiaban de la anciana, pero era verdad que no iban a durar mucho más caminando solos por el bosque. Se dejaron llevar por la anciana, que los tomó de las manos y los introdujo en la casita donde les sirvió leche, masitas y tortas. Después de comer, los llevó a una habitación donde había dos camas cómodas y mullidas. Los chicos se echaron en ellas y se durmieron creyendo estar a salvo de todos los peligros.

Sin embargo, la anciana era una bruja y su plan era... ¡comérselos! ¡Cómo en los cuentos de hadas! Los niños eran su fuente principal de alimentación y cuando





lograba atrapar a uno, para ella era un día de fiesta. La bruja largó una carcajada larga y maléfica, de esas que largan las brujas, pero Hansel y Gretel estaban tan cansados y dormían tan profundamente que no escucharon nada.

Muy temprano por la mañana, la bruja se levantó y al ver que los chicos dormían profundamente, murmuró: “¡Qué rico bocado será este!”. Se acercó entonces a Hansel y, tomándolo con su mano llena de verrugas, lo arrastró a un corral con rejas y lo encerró. Hansel gritó y golpeó la puerta del corral con todas sus fuerzas, pero no sirvió de nada.

Después, la bruja fue a despertar a Gretel.

—¡Arriba, perezosa! Quiero que vayas a buscar agua y que cocines algo rico para tu hermano. Está en el corral y debe engordar. Cuando esté bien gordo, me lo voy a comer.

Gretel se puso a llorar amargamente, pero tuvo que hacer lo que la malvada bruja le exigía.



A partir de entonces, se preparaban los mejores platos para Hansel mientras Gretel solo recibía las sobras. Cada mañana, la vieja iba al corral y llamaba:

—Hansel, mostrame tu dedito, quiero comprobar si estás gordito.

Hansel le pasaba un huesito de pollo a través de la reja y la bruja, que tenía los ojos rojos y era casi ciega, creía que era el dedo de Hansel y se asombraba de que el niño no engordara.

De todos modos, después de cuatro semanas, la bruja no quiso esperar más.

—¡Eh, Gretel! —llamó—. Rápido, traé agua. Gordo o flaco, mañana voy a cocinar a Hansel. Gretel se puso a llorar, pero eso enojó más a la vieja.

—Llorar no sirve de nada —la increpó—. Ya encendí el fuego del horno. Primero vamos a hacer el pan, que ya tengo la masa lista—. Y empujando a la pobre Gretel hacia el horno, agregó:





—Para saber si está bien caliente te tenés que meter adentro.

La bruja quería que Gretel se metiera en el horno para cocinarla a ella también. Pero Gretel era astuta y se dio cuenta de lo que pasaba. La niña miró a la bruja con ojos inocentes y dijo:

—¿Cómo hago para entrar en el horno? La entrada es demasiado angosta.

—¡Pero qué boba! —exclamó la bruja—. La entrada es enorme, ¡si hasta yo puedo pasar!

La bruja metió la cabeza adentro del horno para demostrar que la puerta era suficientemente grande y fue entonces cuando Gretel aprovechó y le dio un empujón que la lanzó adentro del horno. Cerró la puerta y salió corriendo. La bruja soltó un grito horrible y después se deshizo en un humo verde y nauseabundo que salió por la chimenea, se elevó unos metros y se disipó con el viento.



Gretel corrió en busca de su hermano:
— ¡Hansel, estamos salvados! ¡La bruja
ha muerto!

El joven salió de un salto como un pájaro al que se le abre la jaula. Los dos se abrazaron, gritaron y bailaron de alegría. Luego, como no tenían ya nada que temer, entraron a la casa de la bruja: en todos los rincones había cofres llenos de perlas y de piedras preciosas.

— ¡Llevemos eso a casa! Con toda esta riqueza, nuestra familia no pasará más hambre y no querrán abandonarnos en el bosque — dijo Hansel y llenó sus bolsillos tanto como pudo.

— ¡Somos ricos! — exclamó Gretel mientras llenaba el bolsillo de su delantal.

— Ahora tenemos que irnos y salir del bosque encantado.

Después de caminar un tiempo por el bosque, se dieron cuenta de que el paisaje se les hacía cada vez más familiar hasta que de pronto vieron a lo lejos la

casa de su padre. Echaron a correr y entraron a la cabaña eufóricos. Saltaron al cuello del padre, que no había tenido un solo momento de alegría desde que había abandonado a los niños en el bosque. La madrastra había muerto.

Gretel sacudió su delantal desparramando perlas y piedras preciosas por el suelo, mientras Hansel sacaba puñados y puñados de los bolsillos.

—¡No volveremos a pasar hambre, se acabaron las preocupaciones, vinimos a traerte todas estas rique...! —gritó Hansel, pero enmudeció de pronto al ver que, apenas tocaban el suelo, las piedras desaparecían como por encanto.

—Eso no tiene importancia, hijos —les habló el padre abrazándolos—. Trabajaremos más, nos arreglaremos como sea, pero viviremos juntos y felices.

Ricardo Mariño

(Chivilcoy, 1956).

Es escritor y periodista. Su obra fue premiada por Casa de las Américas, Editorial Susaeta e IBBY. Recibió también el Premio Konex en reconocimiento al trabajo en literatura infantil. Su libro de cuentos *Silbidos en el cielo* obtuvo el Segundo Premio Municipal.

Eva Mastrogiulio

(Buenos Aires, 1980).

Es diseñadora gráfica egresada de la Universidad de Buenos Aires. Ha sido docente varios años de Morfología (FADU, UBA). Desde el año 2006 diseña y realiza ilustraciones para marcas de indumentaria, libros infantiles, agencias de publicidad y prensa. www.evamastrogiulio.com.ar



Origen: Francia

“Caperucita Roja” fue publicado por primera vez en 1697 en versión de Charles Perrault y luego fue reescrito en 1812 por Jacob y Wilhelm Grimm.



Caperucita Roja

Autor de esta versión: Franco Vaccarini

Ilustraciones: María Elina Méndez

DICEN QUE HACE MUCHO TIEMPO vivía una niña a la que todo el mundo adoraba, pero nadie la quería tanto como su abuela. Un día le regaló una caperuza de terciopelo rojo y la nieta quedó tan encantada que le dijo: “No es necesario que me regales nada más, querida abuela, esto es todo lo que yo podría haber soñado”. Y para demostrar con hechos sus palabras, la niña usaba la caperuza todo el tiempo. Cada mañana saltaba de la cama para vestirse con su caperuza y al cabo, todos le decían Caperucita Roja y nadie recuerda ahora su nombre verdadero.



Un día su madre le pidió que llevara un licor dulce y una tarta para la abuela, que vivía a media hora de caminata, en el bosque. Era la mañana y la expedición no entrañaba peligro alguno, siempre y cuando Caperucita Roja cumpliera con las recomendaciones:

—Recordá no apartarte nunca del camino y...¡cuidado con el lobo! Así llegarás directo a la casa de la abuela. Y volvé antes de que oscurezca.

La niña aceptó los consejos y partió con la cesta. A los pocos minutos ya estaba en el camino del bosque, a buen ritmo y sin distraerse. Iba concentrada en sí misma, pero también disfrutaba los trinos de los pájaros y la fragancia que se expandía por el aire. ¿A qué olía? A lavanda, a romero, a pétalo herido por el aguijón de una abeja, a hoja mordida por las orugas. Y las raíces nudosas rompían la tierra y se volvían a sumergir en la oscuridad. La vida estallaba en el bosque en el apogeo de la primavera. Atrás habían quedado las interminables nevadas, el frío hiriente, los sabañones, las toses y los



Caperucita Roja

resfriados. Caperucita comenzó a tararear canciones inventadas con su voz alegre, cuando alguien la interrumpió:

—¡Qué voz tan hermosa tenés, querida! Lástima que vas tan concentrada en tu canción que ni siquiera mirás lo que hay en el bosque.

—Pero sí que lo miro —dijo Caperucita Roja, sorprendida por aquella voz de caverna.

Y entonces se dio cuenta de que aquel desconocido era el lobo y que acaso no debió haberle dirigido la palabra. “¡Zas! Metí la pata”, se dijo. El lobo era enorme y su hocico húmedo y su gran boca no podían ocultar el tamaño de sus colmillos. Sin embargo, parecía de lo más amistoso e inofensivo.

—Quizá tengas razón, es cierto. Vas con tus canciones y con eso basta. A propósito... ¿adónde vas?

—A la casa de mi abuela, más allá del árbol gigante con espinas y de los abedules, después del molino viejo, al lado de los tres robles.



Caperucita Roja sintió que estaba hablando de más, pero antes de que pudiera pensarlo mejor, continuó:

—Mi madre me envía para que le entregue a mi abuelita una riquísima tarta y un licor casero que ella prepara y le sale delicioso, aunque yo nunca lo probé porque soy una niña.

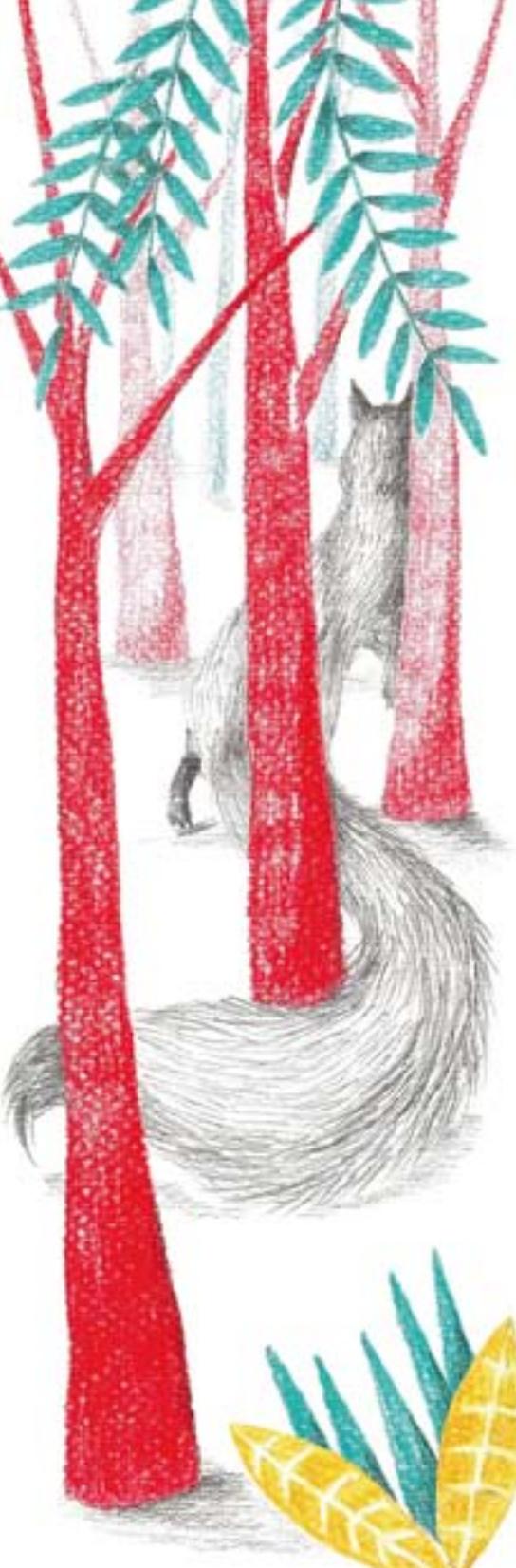
Y otra vez se reprobó por tener la lengua tan llena de palabras, pero enseguida el lobo le dijo con un tono casual, mientras miraba alrededor:

—Está bien que vayas por el camino, pero te perdés todo lo bueno del bosque. Podrías internarte por aquí y por allá y juntar un ramo de flores para llevarle a tu abuela. ¿Cuánto puede retrasarte eso? ¡Si acaba de empezar la mañana! Bien, hacé como quieras. Me voy.

El lobo ya había diseñado un plan: adelantarse a Caperucita Roja, despacharse a la anciana y aguardarla en la casa para hacer lo mismo con la pequeña. “Es una niña sonrosada, gordita y jugosa, hummm...”, se relamía.





A stylized illustration of a forest scene. The trees have bright red trunks and green, feathery foliage. A grey wolf is standing in the middle ground, looking towards the right. In the foreground, there is a basket filled with yellow and green flowers. The overall style is simple and colorful.

No bien la sombra del lobo desapareció, Caperucita salió del camino para cortar flores; cuando creía que ya era suficiente, veía unas más lejanas y quería también de esas y el ramo crecía y crecía. Y casi sin darse cuenta se entretuvo un buen rato eligiendo unas y desechando otras.

Entretanto, el lobo llegó a la casa indicada y golpeó la puerta imitando la voz de la niña:

—Abuela, soy yo.

—¡Oh, Caperucita, abrí vos misma el cerrojo, que me siento algo enferma y estoy en cama!

Apenas entró a la casa, el lobo fue directo a la cama y de un solo bocado se tragó a la anciana. Luego, se puso un vestido y un gorro de dormir en la cabeza. Antes de meterse bajo las sábanas, corrió las cortinas para que el cuarto quedara en penumbras.

Caperucita ya tenía un gran ramillete de flores cuando se dio cuenta de que se estaba demorando demasiado.

—¿Qué estoy haciendo? Todo al revés de lo que me pidió mamá. Ay, pobre abuela, debe tener hambre ya.

Apurada, llegó a la casa. La puerta estaba entreabierta, lo que inquietó a la niña.

—¿Abuela? Soy yo, Caperucita.

—Querida mía, pasá. No me siento bien, estoy en la cama. Solo es necesario empujar la puerta.

Caperucita Roja entró de inmediato y notó que su abuela estaba ligeramente cambiada, con su gorro de dormir y tapada hasta donde nacían las orejas. Descorrió las cortinas para que entrara la luz y... lo que vio la paralizó de miedo.

—Querida abuela... qué cambiada estás.

—Oh, sí, querida nietita, es que me siento tan enferma...

—Pero ¡qué orejas tan grandes tenés!

—¿Lo decís en serio? Serán grandes, pero por una buena causa: son para oírte mejor.

—Y qué ojos tan grandes, abuela.

—Da lo mismo, quiero decir: son para verte mejor.





—Y qué boca tan grande, abuela...

—¡Es para comerte mejor!

El lobo dio un salto y se tragó entera a la niña, tal como un rato antes lo había hecho con su abuela. Tras semejante atracón, volvió a la cama y no tardó en quedarse profundamente dormido mientras roncaba sonoramente.

Un hachero que en invierno se ocupaba de darle provisiones de leña a la abuela, escuchó los ronquidos: “Caramba, ¡cómo ronca la abuela!... ¿estará bien? Algo le pasa”.

Sin más, entró a la casa y vio al lobo en la cama con la panza hinchada y en camisón. “Maldito, si te habré buscado...”.

Le apuntó con la escopeta, cuando se dijo que a lo mejor la abuela estaba viva. Dejó el arma y con unas tijeras abrió la panza del lobo y enseguida salió Caperucita, aterrada, pero viva.

—¡Qué oscuro estaba todo dentro de la panza del lobo! Hay que salvar a mi abuela, por favor.



El hachero se ocupó de sacar a la abuela con sus propias manos. La anciana estaba casi asfixiada, pero a los pocos minutos se recuperó y se abrazó con su nieta. Caperucita se desprendió un momento de sus brazos para poner piedras en la panza del lobo. El mismo hachero lo cosió y cuando el lobo abrió los ojos y se levantó, quiso caminar, pero estaba tan pesado que se cayó y murió.

El hachero se quedó con el cuero y con el agradecimiento de las dos mujeres y se fue contento de haber hecho una buena acción.

La abuela comió la tarta y bebió el dulce licor, y el día terminó siendo un buen día.

...

Pasó el tiempo, pero no tanto, cuando Caperucita llevaba otra encomienda a la casa de su abuela: una cesta con carne asada. Un lobo de voz edulcorada usó el mismo truco que el anterior.

—Eh, niña. ¡Buenos días!... Fíjate qué lindas flores y ni siquiera las mirás... ¡Eh,

niña!... Solo quiero saludarte... ¿Llevás carne asada, verdad? ¿Sos Caperucita Roja? ¡Eh, niña, eh!

Caperucita Roja siguió su camino sin siquiera mirarlo y, al contrario, apuró el paso y llegó más rápido que otras veces. Enseguida le contó a su abuela.

—Hubieras visto qué voracidad había en sus ojos, abuela, aunque sus palabras sonaban amables. Yo creo que si me desviaba del camino, me devoraba ahí mismo.

—Cerraremos bien la puerta, Caperucita. Lo más probable es se haga pasar por vos como el otro.

No pasó mucho hasta que el lobo golpeó la puerta y con voz en falsete, dijo:

—Abuelita, soy Caperucita. Te traigo carne asada.

—Fuera de aquí, sabemos que sos el lobo. Andate o la vas a pasar mal.

El lobo estaba hambriento así que no paró de dar vueltas cerca de la casa hasta que decidió treparse al tejado para esperar la salida de la niña y seguirla luego por el camino. Pero



la abuela, muy atenta, escuchó los pasos en el techo y, advirtiendo sus intenciones, decidió tenderle una trampa. La noche anterior había cocinado salchichas y le pidió a su nieta que vertiera esa agua en una gran fuente de madera casi llena de agua que había frente a la puerta, en el patio. Al mezclarse el agua en que se habían cocinado las salchichas con el de la fuente, el fino olfato del lobo se alertó. “Humm... ¡qué aroma! Y con el hambre que tengo...”. Estiró tanto el cuello hacia abajo que resbaló del tejado y cayó de cabeza en la fuente, con tan poca fortuna para él que se desmayó y se ahogó.

Caperucita volvió tranquila y cantando a la casa de sus padres y desde entonces no hubo lobo en el bosque que se atreviera a molestarla.





Franco Vaccarini

(Lincoln, 1963).

Escribe poesía y narrativa, se ha especializado en obras para niños. Con *La pasajera encantada* obtuvo la Mención de Honor del Fondo Nacional de las Artes. Ganó el premio El Barco de Vapor con su novela *La noche del meteorito*. Lleva publicados más de 50 títulos.

María Elina Méndez

(Buenos Aires, 1975).

Es egresada de la carrera de Diseño de Imagen y Sonido de la Universidad de Buenos Aires. También estudió fotografía, artes plásticas, escenografía e ilustración. Desde 2011 forma parte de la galería Mar Dulce.

www.mariaelinamendez.com

Origen: Dinamarca

Si bien versiones de este relato se vienen contando hace mucho tiempo, el primero que lo escribió y lo publicó fue Hans Christian Andersen en 1835.



La princesa y el guisante

Autora de esta versión: María Cristina Ramos

Ilustraciones: Cynthia Orensztajn

ESTA ES LA HISTORIA DE UNA princesa y un guisante. Todo guisante es una semilla; toda semilla es un pequeño mundo.

En las semillas todo es posible, en su interior se puede bailar, volar y vivir en el corazón de una flor. En sus veredas redondas crece la primavera, pero muchos de sus caminos dan al invierno. El invierno de las semillas es un paisaje inmóvil, sin color ni viento. A veces desde la semilla llegan voces, gotas de conversaciones. Son los seres que alguna vez entraron en ellas y no han encontrado todavía la puerta para regresar.



Todo esto sabía la princesa, que venía abriéndose paso en la tormenta; tenía que llegar al palacio que estaba en la cima de la montaña.

En ese palacio, que veía ya a través de la lluvia, vivía un príncipe en edad de casarse. Ella lo había cruzado varias veces en los caminos y se había vuelto a mirar su espalda de gigante desorientado, sus pasos de solitario.

Era el príncipe del Reino de Nomeolvides, y sus padres, ya ancianos, querían que se casara para que continuara con el reinado.

—Queremos que elijas a una verdadera princesa —le habían dicho. Él, no del todo convencido, fue llevando a palacio a las jóvenes más bellas de las cercanías para someterlas a la mirada de los reyes. Pero unas por altas y otras por pequeñas, algunas por bochincheras y otras por tímidas, algunas por descuidadas y privadas de elegancia, ninguna consiguió



la aceptación de los reyes. Así, todas debieron volver a sus hogares con un puñadito de monedas de oro y algún sombrero de tafetán como agradecimiento y pasaje hacia el olvido.

El príncipe entonces decidió partir hacia los reinos vecinos y continuar con la búsqueda. Se vistió con ropas sencillas tomadas del cuarto de los jardineros para no llamar la atención y mezclarse entre la gente sin ser reconocido, cargó su morral con lo que creyó necesario, montó su caballo blanco y partió.

Galopó a través de la lluvia durante mucho tiempo hasta que el hielo vidrió los caminos y el aire era tan frío que congelaba sus pestañas. Buscó entonces refugio en una casa del bosque.

En la casa vivía una anciana que lo recibió con una sonrisa. El resplandor del fuego de la cocina se desplegaba como un reino. Con el crepitar de los leños, pudo recuperar el calor y sonreír. La sonrisa





María Cristina Ramos / Cynthia Orensztajn

del príncipe no aparecía muchas veces porque quedaba siempre debajo de su preocupación.

El pan estaba horneándose y despedía un aroma que flotaba y, en dibujos de vapor, empañaba las ventanas. El príncipe nunca había estado en una casa tan pequeña ni había visto ventanas tan diminutas, ventanas que bajo las enredaderas se abrían como los ojos de los cervatillos.

—¿Qué busca en mitad del invierno?

—le preguntó la anciana.

—Busco a una princesa para casarme

—le respondió.

—Qué pena —dijo ella—. Hace algunos meses pasó una por aquí.

La mujer compartió con él el pescado casi transparente que había cocinado y una montañita de papas.

Luego el príncipe se quedó dormido; la anciana lo protegió con una manta tejida por ella. Él soñó con una princesa envuelta en una túnica del color del mar. Durmió





un tiempo incontable y al despertar se despidió y siguió camino.

Al atardecer de ese día llegó a la plaza de un reino vecino, donde algunas jóvenes paseaban juntando caracolas sin memoria y buscando el sol. Pasó a su lado mirándolas una por una. Se sentía confundido. Cómo saber si alguna de ellas era una princesa verdadera. De lejos llegaba una canción que decía:

*Del día y de la noche
nace el agua;
del día y de la noche,
los caminos.
Nada ve y nada encuentra
el que no sabe.
Nada ve y nada encuentra
el peregrino.*

El príncipe rodeó la plaza al paso de su caballo tratando de encontrar a la dueña de la voz, pero no la encontró. Entonces



buscó otra vez el camino y galopó hasta el siguiente reino. Allí, bajo un horizonte de castillos, había una feria. Los feriantes venían de otras latitudes y hablaban idiomas extraños. Muchas jóvenes recorrían el lugar, algunas ataviadas bellamente. Seguramente entre ellas había princesas, pero ¿serían verdaderas? ¿Debería mirar entre las que vestían con brillos y destellos? ¿O habría que buscar entre las que tenían en sus ojos el suave temblor del bosque?

Se acercó a una y le pidió agua, pero la chica, distraída ante las telas bordadas en hilos de oro que ofrecía un mercader, no escuchó su pedido. Otra derramó el agua antes de servírsela y la tercera dijo que sabía de una vertiente a la que iban a beber los enamorados. El príncipe cerró los ojos con esperanza, pero cuando volvió a abrirlos, la chica ya no estaba.

Decidió entonces ir a recorrer las islas cercanas. Atravesó veloz el primer puente



María Cristina Ramos / Cynthia Orenszajn



y llegó a un lugar tranquilo que lo llenó de presentimientos, pero allí solo vivían parejas jóvenes que criaban a sus hijos pequeños.

Cruzó el segundo puente y llegó a una isla donde todos dormían y solo los pájaros volaban y alumbraban los árboles con plumajes y trinos. Se hubiera quedado ahí para amansar su tristeza, pero siguió adelante.

Al atravesar el tercer puente vio a alguien con una túnica azul, alguien que caminaba lento como si contara sus pasos. Al acercarse, ella alzó los ojos y lo miró como si lo conociera. Fue un segundo apenas, como un suspiro de luz, pero en ese instante el caballo se encabritó y partió al galope alejándolo irremediablemente.

En esa isla un anciano le preguntó:

—¿Qué busca?

—Busco a una princesa para casarme

—le respondió.

—Qué pena —dijo el hombre—. Hace algunas horas pasó una por aquí.



El príncipe se apeó para descansar y entonces escuchó a alguien que cantaba:

*Del sol y de la sombra
nace el sueño,
del sol y de la sombra,
los olvidos.
Nada ve y nada encuentra
el temeroso;
nada ve y nada encuentra
el distraído.*

Mordido por la curiosidad, siguió otra vez el rumbo de la voz. Parecía venir del bosquecito cercano. Avanzó al paso, la cola de su caballo dejaba un dibujo en la suavidad de la arena. Se detuvo para escuchar mejor, pero solo los estorninos conversaban con ese tejido de trinos que deja tan ajenos a los humanos.

La voz no se volvió a escuchar y él se sentía tan cansado que quiso volver. El invierno estaba llegando nuevamente y

quería descansar y protegerse antes de seguir con su búsqueda.

Galopó desandando la distancia que lo separaba de su reino. Arriba los nubarrones oscurecían el aire y se estiraban como dragones. Desde chico temía las tormentas, aunque ahora no debía asustarse, se dijo, porque ya era un príncipe hecho y derecho; pero igual su corazón –que no había crecido mucho– galopaba tanto como el caballo y temía como si fuera el que años antes se volvía ovillo en su cama de principito.

Cuando finalmente entró al palacio, los truenos fueron más intensos y el viento azotó los postigos de las ventanas del palacio.

Abrazó a sus padres y cayó rendido. Durmió durante horas. Soñó con una joven que, a paso de paloma, se acercaba con un vestido de nube.

Y entonces alguien golpeó a la puerta. El príncipe se sobresaltó y se puso en pie, confundido, creyendo que se apeaba de su



caballo blanco. Dio una palmada cariñosa a su almohada y recién entonces despertó por completo.

—¿Quién puede haber llegado a palacio en mitad de esta terrible tormenta? —se espantó el rey.

—Buenas tardes —dijo alguien escurriendo su vestido maltratado por el aguacero.

—¿Quién es usted? —preguntó la reina.

—Soy una princesa.

La hicieron pasar y trajeron muchas toallas para secarle la lluvia.

—¿Cómo puede una princesa atravesar la tormenta? —preguntó el rey.

—¡Qué lindos ojos tiene! —dijo el príncipe en voz baja.

—No solo atravesé esta tormenta —dijo la recién llegada—. También atravesé el mar en una embarcación que naufragó cerca de la orilla. Tuve que nadar para ponerme a salvo.

—Eso no es fácil de creer —dijo el rey.

—Tengo cómo demostrarlo, mi señor —dijo la recién llegada. Abrió su





mano y dejó ver algo como un corazón transparente—. Es ámbar, la semilla de luz que solo crece en el fondo del mar.

—Hay una forma de saber si lo es —dijo, desconfiada, la reina, y lo sumergió en una copa de agua con sal. El corazón flotó porque era de ámbar, la reina asintió con una sonrisa y le ofreció hospedarse en el palacio.

La chica sacó varios peines de un morral y pidió subir hasta lo alto de la escalera. Allí comenzó a desenredar su pelo, que fue cayendo en cascada por los escalones. Los peines fueron desprendiendo gotas de lluvia y de mar y también unas cascaritas sombrías que formaron un charco de misterio bajo el descanso de la escalera.

Solo una princesa podía tener un pelo tan largo y tan brillante, pensaba el príncipe mientras la veía peinarse.

Esa noche, la reina, que no quería equivocarse con la recién llegada, decidió someterla a una prueba. Preparó su cama con siete colchones y agregó varios

edredones más antes de tender las sábanas. Y en el colchón de más abajo puso un guisante, redondo y pequeño como un pequeño mundo. Lo había cosechado de una enredadera que crecía en el límite de las tierras oscuras.

El príncipe aguardó con impaciencia que amaneciera.

—¿Cómo ha pasado la noche? —le preguntó la reina al día siguiente.

—La verdad es que no muy bien —respondió la chica—, algo me incomodaba terriblemente y casi no pude dormir.

La reina y el rey —que creían que un guisante es nada más que un guisante— se alegraron y, convencidos de que era una princesa auténtica, animaron al príncipe para que se casara con ella.

Pero el príncipe no confiaba demasiado en la opinión de su madre ni en la de su padre y pidió esperar unos días.

Sumada a las costumbres de palacio, la chica conversó en las horas diurnas con



la reina y en las horas nocturnas con las chicas de la servidumbre. Pero cuando salía la luna, subía a los balcones y allí conversaba largamente con el príncipe.

Una mañana se escapó hasta las caballerizas y acarició al caballo blanco, que la miró como si la conociera. Entonces ella empezó a cantar:

*Del sol y de la sombra
nace el verde,
del bosque y de la lluvia,
los perdidos.
Que se vuelva agua dulce
la tormenta,
que acaricie de amor
al peregrino.*

Cuando el príncipe la escuchó, reconoció la voz que lo había cautivado en lejanos caminos y recordó la mirada de la chica del puente. Entonces estuvo seguro y tranquilo porque la conocía desde antes de su llegada y, desde antes, había soñado con ella.

Y se casaron felices y felices vivieron.
Y el guisante rodó por un camino de viento
para golpear a la puerta de este cuento.





María Cristina Ramos

(Mendoza, 1952).
Es profesora de Literatura.
Ha escrito y publicado
cerca de 20 libros. Su
obra ha sido distinguida
por las delegaciones
de IBBY de México y
Argentina (ALIJA). Ha
sido candidata al Premio
Christian Andersen por
la Argentina. Fundó la
editorial Ruedamares.

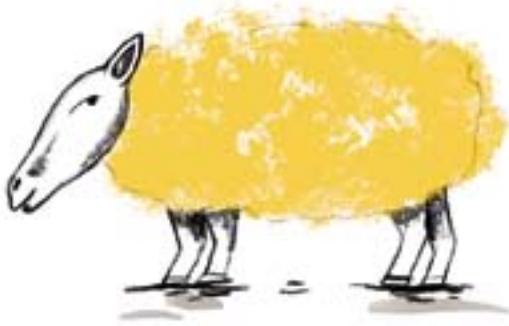
Cynthia Orenztajn

(Buenos Aires, 1973).
Estudió Diseño Gráfico en
la Universidad de Buenos
Aires y se desempeñó
en esta tarea en varios
estudios de diseño y
agencias de publicidad.
Se formó como ilustradora
en los talleres de Mirella
Musri, Claudia Legnazzi,
Edgard Ródez e Istvansch.
Ha ilustrado numerosos
libros infantiles.
www.orenztajn.com.ar



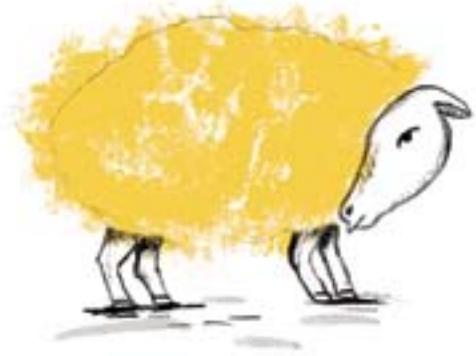
Origen: Rusia

Como este relato ha circulado de boca en boca durante siglos, no tiene un autor individual; pero ha inspirado a escritores de todo el mundo.



Pedro y el lobo

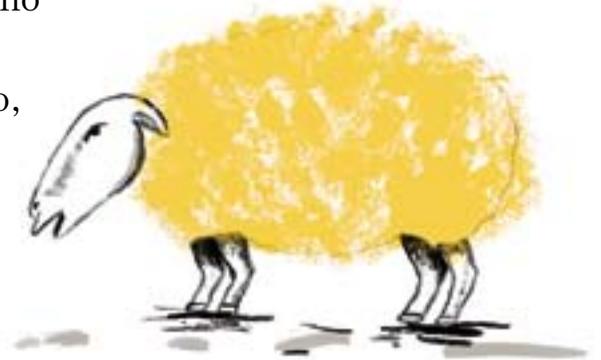
Autora de esta versión: Liliana Bodoc
Ilustraciones: Pablo Picyk



LOS PASTORES SUELEN LLEVAR CONSIGO un largo bastón, una bota de cuero llena de agua fresca y un perro. Pero eso no siempre es así. Hay pastores menos afortunados. Pedro, por ejemplo.

Pedro, el joven pastor, tenía una rama de abedul en lugar del bastón. Usaba sus dos manos para beber del río. Y, en vez de perro, tenía un recuerdo que, de tanto en tanto, ladraba bajito en su corazón. Era el recuerdo de un buen ovejero que lo había acompañado hasta que se puso viejo. Tan viejo que ya no podía seguirle el paso.

A pesar de ser muy joven, casi un niño, Pedro era un pastor cuidadoso. Contaba



los animales antes de regresar por las noches para estar seguro de que no faltaba ninguno. Y era capaz de distinguir una oveja de otra como un padre distingue a sus hijos. Tanto que les había puesto un nombre: Sasha, Alesandrina, Dunia, Lenka, Zina... Y así hasta completar el rebaño. Pero las ovejas, ovejas son. Y no perros ni amigos. Por eso, aunque Pedro las llamara por sus nombres, ellas no obedecían.

A veces, las tardes de invierno parecían interminables. Un largo ovillo de lana blanca que no acababa de desenredarse. Por eso, cierta vez Pedro se sentó junto a sus ovejas y buscó conversación.

—¿Cómo estás, Alesandrina? ¿Te resulta bueno este pasto?



La oveja ni siquiera lo miró y continuó su camino tras las hierbas más tiernas. Entonces, el pastor buscó conversación con otra oveja que le pareció más amigable.

—Hola, Zina. Si querés podemos conversar un rato. Vos me contás de tu familia y yo te cuento de...

Antes de que Pedro acabara su invitación, Zina dio media vuelta y se marchó.

Solo, sin perro ni amigos, el pastor comenzó a acumular sentimientos amargos en su corazón. Igual que la tierra se acumula en las uñas.

Acumuló tristeza. Acumuló enojo. Y también acumuló envidia.

Estaba triste por su triste suerte. Estaba enojado con aquellas ovejas maleducadas. Sentía envidia de los niños que pasaban las tardes en compañía de sus hermanos. O se iban a pescar con su padre al río helado.

¡Hay que ver cuánto duele la soledad en esos campos de Rusia! Cuando el frío es un



cuchillo que corta el día en rebanadas. Y el cielo usa capa gris.

Y bien, esa tarde Pedro, el pastor, estaba más enojado, triste y envidioso que de costumbre. Primero peleó con sus ovejas.

—¡Sos fea, muy fea, Sasha! ¡Fea, muy fea! Sasha, que no usaba espejo, lo miró con ojos de oveja.

—¡Miren a Lenka! Ella solamente sabe decir “Beee, beee”.

—Beee —dijo Lenka.

De pronto, Pedro tuvo una idea que lo hizo sonreír. ¡Asustarlas! Eso le pareció al pastor una grandísima idea. Se escondió detrás de un árbol, se puso en cuatro patas y empezó a aullar como un lobo.

Las ovejas eran ovejas, pero no eran tontas. Todas ellas distinguían a lo lejos el aullido de un lobo, su olor y su sombra. Lo que se escondía detrás del árbol no les dio ningún miedo. Así que siguieron pastando como si nada.

Entonces, más furioso aún, Pedro tuvo otra idea.



Liliana Bodoc / Pablo Picyk



Tal vez no pudiera engañar a las ovejas, pero sí podría engañar a la gente de la aldea. ¡Qué feliz se puso! Tanto que empezó a danzar alrededor de la rama que usaba como bastón. Estaba feliz imaginando que todos saldrían de sus casas. Los niños tendrían que interrumpir sus juegos y los pescadores abandonar sus redes.

Jajarajá, se reía.

Y se reía otra vez: Jajarajá.

Cuando acabó de gastar la risa que tenía en la panza, se preparó para mentir. Subió a lo alto de la colina, donde la voz no tenía obstáculos, puso sus manos a los costados de la boca y gritó muy alto.

—¡Socorro! ¡Socorro, vecinos! ¡El lobo nos ataca!

Y tal como lo había imaginado, sucedió.

En la aldea, todo el mundo abandonó lo que estaba haciendo. Hombres, mujeres y niños tomaron lo que tenían a mano y salieron en ayuda del pastor. Escobas, azadas y rastrillos, remos y muchas otras cosas servirían para ahuyentar al horrible animal.



En esas desoladas aldeas de Rusia, los lobos entran en las pesadillas de la gente y devoran la paz de las noches. Por cierto, son más temidos que las brujas y las tormentas de nieve.

Cuando los vecinos llegaron al prado, no había ningún lobo.

—¿Dónde está?

—¿Se llevó alguna oveja?

—¿Estás bien?—le preguntaron.

Pedro puso cara de susto y se tragó la mitad de la voz para fingir espanto.

—Se fue, queridos amigos—dijo—. El lobo los escuchó llegar y huyó de aquí.

Los vecinos respiraron con alivio. Y, murmurando bendiciones, regresaron a sus tareas.

Tan divertido estaba Pedro con el resultado de su mentira que no pudo esperar para reírse. Tomó la rama y volvió a bailar a su alrededor. Pero tan alto se rio que los vecinos pudieron oír las carcajadas.

¿Es Pedro el que se ríe así? ¿Por qué se ríe de esa manera? ¡Vamos a ver!







Cuando las personas de la aldea regresaron, descubrieron a Pedro muerto de risa y cantando:

Jajarajá... La aldea entera creyó mi mentira.

Jajarajá... ¡Volveré a hacerlo todos los días!

Los aldeanos comprendieron que habían sido engañados. Y descargaron su enojo con gritos.

— ¡Te agarramos, muchacho!

— ¿Nadie te enseñó que con los lobos no se juega?

— Sos un mentiroso.

— Un sinvergüenza, un mal pastor y un mal vecino.

Hombres, mujeres y niños se alejaron, aunque esta vez lo que murmuraban no eran bendiciones.

Al día siguiente, Pedro volvió al prado con sus ovejas. Hacía un frío atroz y nevaba. El pastor recordó lo que había sucedido y quiso reírse. Jajara... ja. Jajara... Pero no pudo. No había caso. La risa no le salía bien.

Pedro se sentó bajo un árbol y empezó a comer un pedazo de pan de centeno. Estaba apenado. Tan apenado que cerró los ojos para no llorar. Pero, mientras el pastorcito se adormecía mecido por su tristeza, alguien se acercaba. Paso a paso llegaba un animal oscuro y hambriento.

Con la lengua babeando entre sus largos colmillos, un lobo caminaba lentamente hacia el rebaño. El viento helado se llevaba lejos su olor. Y la intensa nevada disimulaba su presencia. Por eso, las ovejas de Pedro fueron sorprendidas.

Cuando Sasha, Alesandrina, Dunia, Lenka y el resto de las ovejas comenzaron a pedir ayuda, “Beee, beee”, ya era demasiado tarde. El lobo estaba sobre ellas.

Desesperado, Pedro corrió colina arriba y empezó a dar voces, llamando a sus vecinos. Solo que esta vez, su miedo era verdadero.

—¡Socorro, el lobo! ¡Viene el lobo! ¡Va a devorar todas mis ovejas! ¡Ayuda, vecinos! ¡Ayuda!



Pedro y el lobo

En la aldea, las personas se encogieron de hombros. Nadie le creía.

— ¡Bah, es otra vez ese pastor mentiroso!

— No va a volver a engañarnos.

Solo una niña de cabello corto y colorado fue capaz de dudar.

— ¿Y si ahora es cierto? ¿Y si el lobo lo está atacando?

Pero su voz era tan suave que nadie le prestó atención.

Allá, en el prado, solo quedaban Pedro, su rama, el viento y el frío.

El pastor lloró por cada una de sus ovejas. Por la pequeña Sasha. Por Alesandrina, la más lanuda. Por Lenka, Zina y Dunia. Lloró, y las lágrimas se congelaron en sus mejillas.

La noche ensombrecía más su corazón. Y así, sin sus ovejas detrás, regresó a la aldea. Por las ventanas iluminadas con lámparas de aceite, Pedro vio a sus vecinos comiendo o conversando junto al fuego. A nadie parecía importarle su pena.



De pronto, una niña de cabello corto y colorado golpeó el vidrio para llamar su atención. Cuando Pedro giró a mirar, la pequeña le sonrió con dulzura.

Alguien le sonreía. Y Pedro supo que no estaba solo.

Si no estaba solo, no iba a enojarse ni a ponerse triste ni envidioso.

Si no sentía enojo, ni tristeza, ni envidia, no tendría razones para mentir.

Si no mentía, podría ser el mejor pastor de la aldea.

*



Liliana Bodoc

(Santa Fe, 1958).
Es licenciada en Letras.
Su primera novela, *Los días del Venado*, obtuvo la mención especial de los premios The White Ravens, que es parte de la Saga de los Confines. En 2004 obtuvo el Premio Konex en la disciplina Literatura Juvenil y en 2014, el Konex de Platino.

Pablo Picyk

(Buenos Aires, 1978).
Se dedica al dibujo, la pintura, el diseño gráfico y la construcción de objetos. Ha publicado varios libros, pero sus trabajos también pueden verse en revistas y diarios, pósters, televisión, proyectos sociales y productos.

www.pablopicyk.com.ar





Origen: España

Este cuento creció de tantas personas a las que les gustó prestar sus bocas y orejas para compartirlo. Así ha viajado primero por toda España y luego donde los españoles quisieron llevarlo.

La sopa de piedra

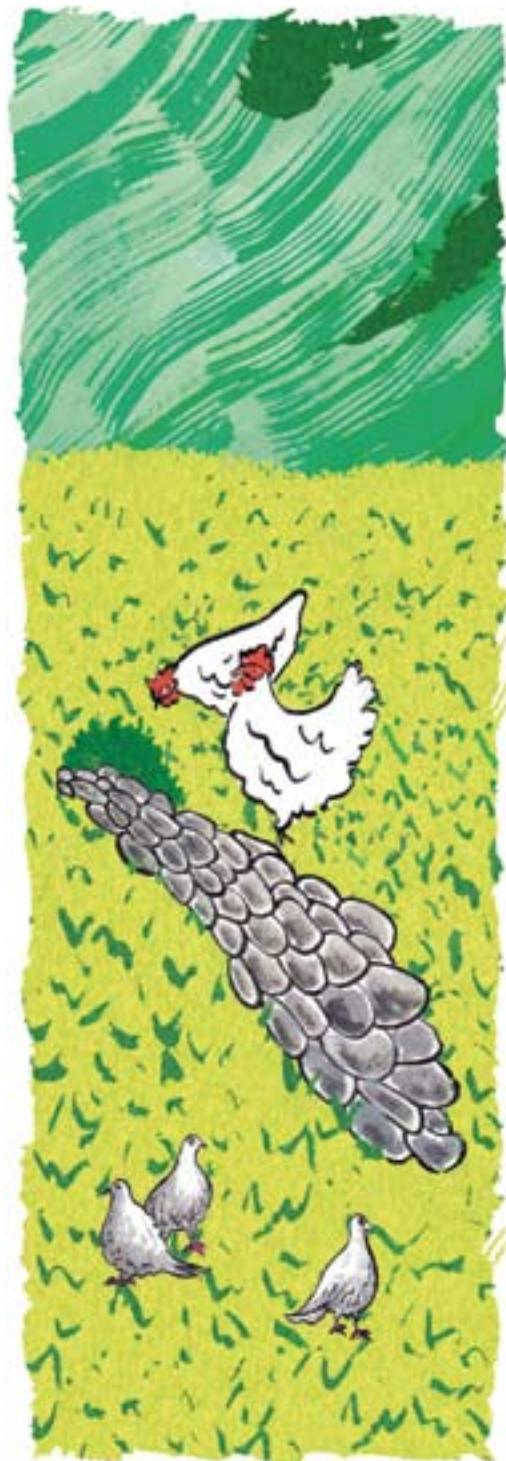
Autora de esta versión: Ruth Kaufman

Ilustraciones: Fernanda Cohen

HACÍA HORAS QUE VENÍA caminando. Un soldado que volvía a su casa después del fin de la guerra. De pronto, el estómago del soldado crujió de hambre como una puerta vieja. Entonces, al fondo del valle vio un caserío. Aunque apretó el paso y caminó y caminó, llegó a las casas cerca del mediodía.

Toc toc.

El ruido de sus nudillos contra la madera. La puerta se abrió apenas para dar lugar a la cara de una mujer joven y, entre sus rodillas, asomaron los ojos de un niño.



—¿Diga? —dijo la mujer.

—Buenas tardes. Soy un soldado

—respondió él, aunque el uniforme hiciera innecesaria esa aclaración.

La mujer agregó:

—¿Sí?

“Tengo que ir al grano”, pensó el soldado; de adentro salía un aroma a guiso que partía el aire.

—Con todo respeto, señora, tal vez tenga usted alguna cosita para mi almuerzo, lo que sea...

—Lo siento, lo siento tanto —lo interrumpió la mujer—, pero no tenemos nada, nada —repetía mientras iba cerrando la puerta—. Nada...nada.



Y la puerta se cerró delante de las narices del soldado.

Él no se desanimó y fue hasta la casa de enfrente.

Toc toc.

Esta vez la puerta se abrió por la mitad. Todo ese espacio fue ocupado por un hombre de la misma edad y altura que el soldado, pero con 50 kilos más.

— Buenas tardes — dijo el hombre.

— Buenas tardes — repitió el soldado.

Se hizo un silencio demasiado largo.

El soldado se apuró:

— Buen hombre, ¿podría darme usted alguna cosita? — Por encima de las palabras se oyó el rugido de la panza del soldado—.

Lo que tenga para acallar el hambre.

— Con gusto le daría — dijo el hombre—, pero se nos han acabado las provisiones. Mañana, venga mañana... y le daré

Y la puerta ya estaba cerrada.

El soldado lo volvió a intentar. Le dijeron que no. Que ganas de dar no les faltaban, pero se habían quedado sin alimentos, ni



migas de pan debajo de la mesa. Probó una cuarta vez y obtuvo la misma respuesta.

Una mujer joven, un niño, un gordo, una vieja, un viejo. “¡Pueblo de porquería! ¡Ojalá se les sequen los cultivos!, ¡se les mueran todos los animales, les caiga la langosta, el granizo, la sequía!”.

El soldado pensó esas y otras maldiciones. Pero aunque le aliviaron el enojo, no le quitaron el hambre. Entonces se agachó y, sin que nadie lo viera, recogió una piedra. La limpió con la manga de su camisa y la guardó en la mochila. Cruzó el pueblo a pie y golpeó a la puerta de la última casa.

Toc toc.

Detrás de la puerta, una mujer y a su lado, una nena.

—Buenas tardes —dijo el soldado. Abrió la mochila y con suma delicadeza sacó la piedra—. Soy un soldado que viene de lejos. Como es la hora de almorzar pensaba cocinar mi sopa de piedra.









—¿Sopa de piedra? —preguntó
intrigada la mujer.

—¿Nunca la probó?

—Jamás.

—No sabe lo que se pierde... Yo le puedo
convidar, claro. Solo preciso, si usted es tan
amable, una olla con agua y una cuchara
larga para revolver.

Mientras la mujer entraba en la casa,
el soldado recogió ramas. Luego acomodó
piedras en un lugar a la vista de todos.
Encendió el fuego y puso encima la olla
con agua. Con mucho cuidado, acarició la
piedra, murmuró unas palabras y la puso
dentro de la olla. La niña de la casa
lo miraba en silencio. El soldado revolvía
con la larga cuchara.

—¿Puedo revolver? —preguntó la niña.

—Con mucho cuidado y siempre para
el mismo lado.

Ya dos chicos más se habían acercado.
El soldado tomó la cuchara, sacó un poco
de agua y la probó. Sonrió.

—¿Está rica? —preguntó un chico.

—No está mal —dijo el soldado—, pero con unas papas quedaría mejor.

—¡Yo tengo! —dijo y salió corriendo para su huerto.

—¡Y yo! —dijo otro que también salió disparado.

Regresaron con dos papas, cuatro zanahorias y una batata que fueron a dar a la olla. El soldado siguió revolviendo. Por el camino se acercaban un viejo y su hija con un bebé en brazos. Los chicos les explicaron que el soldado estaba haciendo la famosa sopa de piedra. El soldado volvió a probar.

—¿Y...? —preguntaron a coro los niños.

—Va muy bien —dijo el soldado—. Muy bien... ¿quizás si le agregamos algo de carne o de gallina?

Esta vez salieron los otros chicos. Volvieron con sus madres. Las señoras le dieron al soldado media gallina y varios huesos rodeados de carne.

El soldado echó todo en la olla y siguió revolviendo. A su alrededor estaban casi



todos los habitantes del caserío. La gente miraba dentro de la olla y comentaba:

— ¡Qué bien le quedaría repollo!

Y salían a buscarlo.

— ¿Unas arvejas?

— ¿Dónde se ha visto una sopa sin apio ni acelga?

Nadie quería ser menos, cada cual traía un alimento, un condimento, un secreto propio de sus mejores sopas.

Un rato después, el soldado levantó la cuchara pidiendo silencio. Revolvió, probó y dijo:

— ¡Excelente! Solo le faltan unos granos de sal.

Y como era lo único que llevaba en su mochila, sacó la sal y la echó en la olla.

Entonces invitó a todos a comer. Una señora trajo pan y un señor muy gordo trajo vino. El soldado fue sirviéndoles a todos. Hasta se animaron a un brindis. En el fondo de la olla solo quedó la piedra.

La niña que había llegado primero la miró y pidió:



— ¿Me la puedo quedar?

El soldado miró a la niña. Sacó la piedra de la olla. Parecía indeciso. Grandes y chicos se quedaron callados, expectantes.

— Está bien, te la daré. Pero con una condición: nunca comas sola la sopa que hagas con esta piedra.

— Si me permiten — agregó —, aún debo cumplir una tarea—. Y usando varias rodajas de pan, que se comía a grandes bocados, fue limpiando el fondo de la olla.

— Ahora sí — dijo mientras la devolvía a su dueña—. Tenga usted, amable señora, muchísimas gracias.

— Merecidas.

— Yo debo seguir andando — dijo el soldado —, pero les dejo la piedra y la receta.

Con la panza llena y el corazón contento, el soldado volvió al camino que lo llevaba de regreso a casa.





Ruth Kaufman

(Buenos Aires, 1961).
Es poeta y narradora.
Fue distinguida con
el Premio Nacional de
Narrativa, del Ministerio
de Educación y Cultura
de Uruguay, y el Premio
Nacional de Literatura
Infantil y Juvenil del
Ministerio de Cultura de
la Argentina. Junto con
Diego Bianki, fundó la
editorial Pequeño Editor.

Fernanda Cohen

(Buenos Aires, 1979).
Estudió Ilustración en
la School of Visual Arts
en Nueva York, donde
residió doce años. Ilustra
para medios editoriales,
diseñadores de moda y
agencias publicitarias,
y ha recibido ochenta
premios internacionales.
www.fernandacohen.com



La biblioteca Libros y Casas

- **90 minutos.** Relatos de fútbol
- **Todo queda en familia.** Textos de humor
- **Cosas imposibles.** Cuentos fantásticos y de terror
- **Bajo sospecha.** Relatos policiales
- **Palabra de mujer.** Crónicas sobre mujeres argentinas
- **Amores argentinos.** Historietas sobre cuentos y novelas de amor
- **Mucha, mucha poesía.** Tres siglos de poesías y canciones
- **Hubo una vez en este lugar.** Mitos y leyendas de este lado del mundo
- **Animales rimados y no tanto.** Poesía para chicos
- **Brujas, princesas y pícaros.** Cuentos clásicos infantiles
- **Constitución de la Nación Argentina**
- **El Nunca más y los crímenes de la dictadura**
- **Manual de las mujeres.** Guía de derechos, salud reproductiva, familia y trabajo para adolescentes y mujeres adultas
- **Manual del hogar.** Guía para el mantenimiento de la casa y la prevención de accidentes domésticos



Brujas, princesas y pícaros

Cuentos clásicos infantiles

Estos cuentos pasan de boca a oreja de mamás, papás, abuelas, tíos y chicos desde hace mucho, mucho tiempo. “Hansel y Gretel”, “Caperucita Roja”, “La princesa y el guisante”, “Pedro y el lobo” y “La sopa de piedra” son historias que los van a acompañar siempre.

Por eso, es importante leerlas una y otra vez hasta que se las sepan de memoria, hasta que se queden dormidos y las sueñen, hasta que se despierten hablando del lobo, de la princesa y de la bruja como si estuvieran ahí.

